

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 4 DE MARZO DE 1923

NÚM. 19.994

## LA ESENCIA DEL DEBER



La esencia del deber, considerado en toda su generalidad, es la memoria.— Veremos apuntar esta verdad nueva, al final de una corta investigación, que pueda comenzar por unas palabras de Malebranche, para acabar tal vez en unas palabras de Federico Schiller.

Las palabras de Malebranche fueron pronunciadas hablando de teología. Me refiero a las siguientes: «Si el obrero es perfecto, la obra es imperfecta; si el obrero es imperfecto, la obra es perfecta.» Esto lo aplicaba el filósofo a la tesis de la imposibilidad de que el mal fuese querido por Dios. Tal vez un ejemplo podrá iluminar el sentido de sentencia tan entrañada, tan honda y oscura.

1)

Supongamos que el obrero ha comenzado su obra. El obrero se llamará, si queréis, Beethoven. Y la obra será el tercer tiempo, *lento assai* de su Cuarteto XVII... Preciso el fragmento, en razón a que la maravillosa claridad de estructura del que cito, ayudará a quien lo recuerde, como a mí me ayuda, a la meditación que sobre el mismo conviene hincar.

Antes de que se entregara a la tarea, las posibilidades del obrero eran infinitas; pero la obra no existía aún. El primero era, pues, infinitamente poderoso; la segunda, impotente.

Pero ya la composición se ha iniciado. Ocurre ahora que la parte ya compuesta de la obra limita decisivamente sus posibilidades de desarrollo. Si no quiere caer en la incoherencia, el obrero se encontrará ya comprometido a obedecer una ley de armonía, que, según la parte compuesta *predeterminará* aquella otra parte que todavía queda por componer. El obrero, pues, será ahora menos libre, menos poderoso; la obra, en cambio, habrá entrado en el ejercicio de su poder.

Aquella disminución, este crecimiento, irán acentuándose después, a medida que la composición cunda y avance.

Y punto llegará, el punto inmediatamente anterior al término en que ya al obrero no le quedará mas que una sola posibilidad, si quiere continuar armoniosamente la obra hasta el fin: entonces él se encontrará en el mínimo de su poder; ella, en el máximo.

2)

Ahora bien; en cada uno de estos momentos sucesivos, el obrero podrá evidentemente emanciparse de la coacción que sobre él ejerce la obra ya realizada. Podrá ser inconsecuente. Podrá ser incoherente. Podrá abandonar la obra empezada y darse, con ligero corazón, a una improvisación nueva.

Al hacerlo así, el obrero será *personalmente*—mejor dicho (puesto que *ser persona* significa ya un cargo), indi-

la obra, aun a riesgo de la imperfección del obrero.

Una moral del Impulso y de la salvación solitaria tenderá, al revés, a exaltar la perfección del obrero, aun a riesgo de la imperfección de la obra.

La primera tendrá por inspiración el *Clasicismo*. La segunda, el *Romanticismo*. — (Sí. Todos los caminos llevan a Roma, y todas nuestras meditaciones a un mismo punto. Este punto que debe de ser la Roma de las meditaciones.)



CABEZAS. — APUNTE DE PEREDA

vidualmente, y momentáneamente—más perfecto. Habrá usado de más libertad. Pero su obra será entonces más imperfecta. Y también será entonces más imperfecta su propia vida, considerada como obra.

Al revés, el voluntario renunciamento y limitación de posibilidades por parte del obrero enriquecerá la obra. Podrá alcanzar a enriquecerla con una *perfección soberana*.

3)

Así, una moral de la Obra Bien Hecha, una moral del Resultado Heroico, tenderá siempre a exaltar la perfección de

helo de cumplir lo que obstinadamente le niega la fortuna, una gran hazaña, digna de la profesión de caballero andante. Empuja a Don Quijote una *vocación*.—Y Ulises, ¿a qué obedece? A un pasado que le importa reconstruir. A una ley que un día se dió a sí mismo, al constituir una casa, una familia. No a una *vocación*, sino a una *gravitación*.

Don Quijote es el que espera y Ulises el que rememora.

5)

Advirtamos que Don Quijote *con morir, cumple*. Prueba de que su perfección se situaba en el terreno de la libertad personal.

Si Ulises muriera antes del término de su viaje, *fracasaría radicalmente*. Prueba de que ha de someterse a las limitaciones del deber.

Este deber, ¿le viene de lo alto? No. Es fidelidad, no obediencia. ¿Le viene de dentro, No. Es arte, no sinceridad.

Para un espíritu dogmático el deber viene de lo alto, es decir, de la ley. Para un espíritu kantiano, de dentro, es decir, de la conciencia. Para un espíritu frívolo, de fuera, es decir, de las gentes.

Para un espíritu clásico el deber no viene de lo alto, ni de dentro, ni de fuera. Viene de *antes*; viene de la imposición con que la parte de obra ya consumada restringe y, finalmente, anula las sueltas posibilidades del *productor*; los *fenómenos* fuera de ley a que se podría entregar.

6)

Ahora, acordémonos de que Federico Schiller definió la belleza así: «La belleza es una imposición de los *fenómenos*.»

También nosotros definiremos en los mismos términos la verdad.—Otro día hemos de ver por qué.

Así el deber también.—Deber, verdad, belleza: total, ritmos.

Eugenio d'ORS

4)

El héroe literario más elegante y típico de la concepción romántica de la moral es Don Quijote. El de mayor pureza y libertad individuales, el de obras más ruines, desdichadas y grotescas. Ulises, en cambio, Ulises paciente y fértil en astucias, encierra el símbolo de la moral entendido como consagración al resultado heroico. Largamente probado, humillado, constreñido, pero vencedor tras de las pruebas y portador de su empresa a muy acabada consumación.

Ahora bien: ¿qué empuja a Don Quijote? Un ímpetu hacia adelante, el an-

### ¿QUÉ ES EL ESTILO?

En LOS LUNES DE EL IMPARCIAL aparecerá en breve una serie de contestaciones a esta pregunta. Los escritores de mayor autoridad y prestigio contribuirán con sus opiniones a definir, actualmente, esta importante cuestión estética.



IMPRESIONES DE UN LECTOR

# Una novela doble de Ayala

Si tuviésemos que definir en una fórmula el asunto de esta novela de Ramón Pérez de Ayala, diríamos que es el conflicto entre racionalidad y animalidad, entre razón e instinto; y también el contraste del amor—sentimiento con el amor-sensación—. Pero reparo que esas fórmulas son excesivamente pedantes, y el lector se va a quedar sin comprender una palabra del «argumento» de esa novela con doble título; o sea con un título para cada una de sus dos partes: *Luna de miel, luna de hiel*, y *Los trabajos de Urbano y Simona*.

Empecemos, pues, en otra forma el relato de nuestras impresiones de lector. Pérez de Ayala ha remozado un viejo tema idílico: Dafnis y Cloe. Dos jóvenes, varón y hembra, educados en absoluto desconocimiento del amor físico, ¿cómo procederán al unirse en matrimonio, abandonados a su instinto?

¿Dafnis y Cloe? No es este, precisamente, el recuerdo que suscita la novela de Ayala. Nuestro tiempo no es propicio a las ingenuidades de égloga, a las reconstrucciones de Arcadia, a las simplicidades genesiáticas. Los amores de Urbano y Simona parecen el desarrollo habilísimo de una tesis filosófica. Sentada una suposición de anormalidad, inducir sus consecuencias vitales. Si tuviéramos que buscar precedentes, acudiríamos al *Filósofo autodidacto*, de Tofail, al Segismundo de Calderón, a algún cuento de Wells. Urbano es un cándido, o un ingenuo, sometido a la violenta educación de un Pangloss, que le ha torcido el crecimiento del alma con una ortopedia paradójica.

La aventura es interesantísima. Su marcha natural tiende a la victoria del instinto. Una intervención ajena impide ese desenlace casi en el momento de su consumación. Después, ya separados los amantes, la brutal revelación de un teólogo destruye la virginidad de espíritu del joven; pero esa revelación produce en aquella alma violentada efectos muy diversos de los que pudo ocasionar el desarrollo natural de las cosas. Porque entonces surge un conflicto mucho mayor que la aventura de las dos juventudes virginales abandonadas al azar de sus propios descubrimientos, como Sigfrido en la selva... Ese conflicto es la repugnancia invencible que causan a todo espíritu delicado los medios brutales para el fin excelso del amor... El verdadero asunto ideal de la novela se encuentra aquí. No creo que la vida ofrezca mayor desencanto, mayor prueba de nuestra esclavitud material. El amor, la más fuerte de las vibraciones humanas, motivo casi único de la Poesía, participación nuestra en la inmortalidad, está ligado a las formas abyectas de nuestra carne, como un estigma. Comprendo que ese contraste violentísimo de eternidad y muerte originase el mito del pecado original y el macabro dualismo de Amor y Muerte. Schopenhauer habló del Amor como engaño de que se valen las generaciones futuras que quieren existir. Pero la verdadera semilla de pesimismo está en la innegable vileza de las formas amorosas.

Urbano y Simona, discurrendo según la razón, no llegarían a inducir el procedimiento material del amor, al cual llegan por instinto y sin ningún adiestramiento los animales. En el amor, la razón no dirige, sino que es dirigida y enseñada; el amor es su campo de experiencias, y los resultados son contra-

rios a todas sus previsiones lógicas... En una palabra: el amor es irracional, ya sea porque esté por encima de la razón, como sucede en sus manifestaciones superiores, ya sea porque esté por debajo de la razón, como sucede en sus formas físicas. El amor es propio de nuestro ángel o de nuestra bestia.

Pero el precedente capital a esas novelas de Ayala es la narración simbólica del Paraíso: el dúo mítico de Adán y Eva. Y aquí se me ocurre una observación insospechada: la fruta del Arbol de Ciencia, o conocimiento del bien y del mal, no podía conducir nunca al descubrimiento de la práctica amorosa; sino, muy al contrario, a la conciencia de bajeza de esa práctica amorosa. El pudor nació como un desquite de la razón contra la irracionalidad del amor físico. Los animales carecen de pudor, porque no han comido la fruta del Arbol de Ciencia; y el amor físico, entre ellos, abandonado a las inocencias del instinto, no puede tener sabor de pecado.

Nuestra razón es a un tiempo nuestra superioridad y la luz que nos descubre nuestra inferioridad. Por ella somos dobles, y una de nuestras dos esencias se compadece y avergüenza de la otra. ¿Por qué el Amor, prenda de eternidad, fin superior de la vida, ha de ocultar como un oprobio sus actos, poniéndolos al nivel de las otras necesidades de nuestra miseria corruptible?... Sobre cada pareja amorosa hay un Mefistófeles carcajeando y diseñando el más obscuro de sus gestos...

Recuerdo ahora otra novela en que la naturaleza confidente renueva el mito revelador del Paraíso, al oído instintivo de los amantes. Me refiero a *La faute de l'abbé Mouret*, de Zola, página romántica del naturalismo. Pero el valor transcendental de esa novela es muy diverso de la de Ayala. Aquella tiende al panteísmo amoroso, en el simbólico Paradoxon, incorporación triunfal del Amor en la Naturaleza.—Ayala nos da, en cambio, una afirmación de personalidad reaccionando contra la Naturaleza. El sentido lírico del uno está en divergencia con el del otro.

Encuentro en la *Luna de miel* un pasaje singularmente revelador. «A nosotros ¿qué nos importa el porqué?», pregunta un gañán a Urbano. Y éste responde: «Si no nos importase el porqué, nunca saldríamos de niños.» A lo cual replica el campesino: «Tengo para mí que sólo a los niños preocupa el porqué de las cosas, más que saber el para qué. Averiguar el por qué es perder el tiempo; averiguar el para qué es emplear bien el tiempo. Yo llamo niño al que pierde el tiempo, y hombre al que no lo malgasta; que la experiencia le ha en-

señado a no malgastarlo.» He aquí un diálogo que distingue admirablemente las dos especies de humanidad: especulativos y utilitarios; los que inquietan las causas últimas y los que buscan el provecho posible; los que se apoderan del espíritu oculto en las cosas y los que someten a su uso la materia de las cosas. La primera pregunta, ¿por qué? aplicada al amor, ¿qué respuesta podría esperar? La segunda, ¿para qué? es obvia y clara, pero desoladora para el espíritu...

Aplicando la razón al Amor, pensaríamos como los niños, cuando un pudor innato nos obliga a engañarnos respecto al origen de la vida. Racionalmente, el amor no puede ser como es. No podemos aplicarle normas espirituales, porque le son ajenas. Y toda nuestra idealización de amor es un esfuerzo loco para buscar compensación a su vileza: para que los niños vengan de París...

Urbano, dialogando con el gañán, buscaba el fruto del Arbol de Ciencia. El gañán, incapaz de probarlo, sentía el amor como una participación de bestia. Por su bajeza tosca, estaba en la misma situación donde llegó el Eclesiástico por desengaño y cansancio. Disfruta en paz de tu bien y de tu hembra, que todo es vanidad!—Pero hay seres que luchan toda la vida por redimir el amor cautivo de la materia. ¿Qué es la poesía, sino la consignación perdurable de ese esfuerzo? Hombres niños, que preguntan inagotablemente el porqué, y ponen el prestigio de la generación en la rima de dos latidos sobrenaturales, todo lo más, en la inmaterialidad material del beso...

Esas novelas de Ayala son un primor de estilo. Se incorporan en la tradición castiza sin el menor esfuerzo. Nuevo dúo en el cortejo inmemorial de las parejas amorosas, Urbano y Simona unirán sus nombres a sus predecesores infinitos. Pero ¿acaso no es siempre la misma pareja, vencedora de la muerte porque es la vida, la única evidencia de inmortalidad?

Junto a Urbano y Simona, otros personajes dejan en nosotros el relieve de su fisonomía recientemente plasmada. Así Doña Micaela, que, a su modo, entabla contra la naturaleza una lucha trágica; Doña Rosita, la Conchona, Don Cástulo, Don Leoncio, las siete solteronas de Regium... El encanto superior del libro está en la armonía entre su humanidad y su idealidad. ¿No trata precisamente de una lucha entre espíritu y carne, como una nueva *Psicomaquia*?

Gabriel ALOMAR

## POETAS MODERNOS

### Mascarada transeunte

¡Ese fué un Espectro! Aquel será un [Sabio]

La Zarrapastrosa ¿será un Serafin?  
El que tanto canta un siervo del labio  
El de plumas verdes un cándido agravio  
¡Todos bajo el Signo de su colorín!

La Nariz. El Pito. (La Caricatura  
Expléndida surge de la batahola)  
Primero es alegre (punto de hermosura)  
Luego de tristura  
¡Siempre la pistola!

¡Sonar de trompetas, antiguos reluces  
—desvaidamente—oro y crespel!  
¡Haced que el risueño estímulo azuce  
Y a todo sufriente, jácara de luces  
Lleven los confetti! ¡Besos de papel!

¡De papel! ¡No hay otros en el hosco-  
[mundo]

De papel—¡pavesa!—ínfimos y cómicos.  
Si blanco, inocencia. Si negro profundo,  
El corazón nuestro. ¡Tal beso es el  
[Mundo]

Morbi-tragi-cómico!

Pero nada puede con la Noche. Tiende  
Antrúejo lascivo, temblorosa mano  
A rozar del seno el botón cristiano  
¡Y todo se prende. El Astro se enciende  
Como un candelabro celeste y humano.

¡Ahora, sí, el Espectro! Muy borracho  
[el Sabio...]

La Zarrapastrosa y el zarrapastrín.  
(Yo soy un buen triste, enfermo de agra-  
[vios]

Que va por la vida con la risa al labio  
Como un funambúlico con su balancín.)

Antonio ESPINA

# CRIBA

## Todas las Rusias

TRES versiones de una misma Rusia, tres versiones distintas y una sola Rusia verdadera. Primero, la versión francesa: Diaghilew en sucesivas etapas; después, *El murciélago*, y por último, recientemente, los Sakharoff. Entretanto, esta temporada, Boris Godounov y *El Príncipe Igor*—simple autenticidad.—Ahora: el *Pájaro azul*, la versión alemana, de cuya contemplación pueden deducirse las mismas consecuencias que de la fábula de Maeterlinck: primera: no valía la pena de haber hecho el viaje; segunda: resultará llamarse azul un pájaro cualquiera; tercera—y conclusión o moraleja—: conviene ir aprendiendo a contentarse con muy poco.

Sé tú mismo en vez de bástate a ti mismo, aconseja el *Peer Gynt*. Que el arte ruso no se basta a sí mismo lo demuestra la representación de Boris Godounov o de *Príncipe Igor*, que para ser él mismo necesita hacerse—o rehacerse—en París, lo demuestra el acierto—sea cual fuere el camino emprendido—de todas sus versiones francesas, y la engañosa apariencia de acierto de esta última versión de Berlín.

## «la Grecia de la Francia»

Jean Cocteau traduce a Sófocles. A Jean Cocteau se le ha reprochado el ser demasiado moderno — y también— el ser demasiado poco. Algo parecido sucedió a Moréas. Podría, casi, afirmarse, que existe una equivalencia entre la relación de Moréas con el simbolismo, y la de Cocteau con la poesía moderna — entre *Stances* y *Vocabulaire*. Moréas y Cocteau se sitúan clásicamente, adentrándose en la más pura vena tradicional francesa; continuando la con más o menos acierto. Esto les diferencia — y les aísla, también, un poco—de la complejidad total del movimiento literario.

Censurar — depreciando de valor — el arte menor de Cocteau—madrigal, epigrama, aforismo, máxima...—es censurar, esencialmente, la literatura francesa. Negar su hondo sentido humano en la breve expresión perfecta—herencia legítima de Pascal y La Rochefoucauld—es desconocerlo; y acusarle de frivolidad es no entender nada. Su defecto es la vanidad — pero la vanidad humana—no literaria—, y «si a un hombre se le quita la vanidad—decía Goethe—, ¿qué le queda?»

## Coincidencias

Coinciden los traductores del alemán en hacerlo bien, como suelen coincidir los del francés en hacerlo mal. Ejemplo de lo primero son dos traducciones recientes: Freud y Hebbel; este último de la «Colección universal Calpe», bajo la fealdad acostumbrada de sus cubiertas —a la que no es posible acostumbrarse—, porque son de un mal gusto propuesto, y tan conseguido, que merecería calificarse de jesuítico. No es reprochar nada a la meritoria labor de divulgación, muy bien dirigida, de esta Biblioteca, en la que únicamente se notan —al cabo de tantos volúmenes publicados, menos importantes—algunas considerables ausencias, como la de Renán, por ejemplo, o Tolstoi, o la de Voltaire, mal disimulada con tres tomitos insuficientes.

José BERGAMIN



4 de Marzo de 1923 - hoja 2

# LA PRINCESA DE LOS MUÑECOS

NOVELA CORTA FILMADA POR ANTONIO ROBLES

## La estampa del prólogo

El señorito Bebé es un sensiblero. La abuela le contó anoche un cuento de esos que son viejos como el mundo, de esos que nacieron del primer arrullo ante el primer chiquito, y él lo soñó y lo interpretó inconscientemente y ha hecho de la vieja historietta sentimental un juguete para cuando duerma, una película que es a la vez romántica, como esas flores que se cierran de noche, y policroma, como una simbólica zarabanda de los colorines.

Se diría del cuento que es un almenadro primitivo, retorcido y áspero por viejo, ahora salpicado por la flor en la cálida imaginación del niño. Es que su abuela se acercaba a su oído con la caricia del relato patinado de antiguo, y le cogía y le almohadillaba la mano con la suya, y él, al dormirse y encender las candelitas de su teatro o el foco de la pantalla, prolongó la historia a su manera ingenua. Y es así como la primavera nace insensiblemente del invierno, con las hojas nuevas en los troncos viejos.

La abuela le soltó, al fin, la mano cuidadosamente, anduvo hacia atrás al retirarse para asegurar a su conciencia que el niño dormía, apagó la luz con miedo de que el ruido de la llave pudiera soliviantarle y salió de puntillas...

Pudíamos decir que eso aguardaba la madriña de los sueños del niño para encender la claridad en sí misma, entrar por la alfombra de su silencio y comenzar a mostrar al Bebé los divertidos personajes de la farsa de cine y los movimientos y luminosidades de sus pasiones.

## Escenario del film

Cada una de las quince islas que componen el Archipiélago de la Muñequería es una gran armadura de nacimiento de Navidad, en cuyos secretos interiores la obra de carpintería podría formarse el Archipiélago de los Gatos, por su aspecto de interior de guardilla o de sobrado. Y cada armadura queda cubierta por las clásicas montañas de corcho; hierba de musgo artificial con rachas de diversos verdes; ríos de espejo, en los que a veces estalla íntegro el sol o la luna; puentes sobre ellos, con las graciosas barandas rústicas; alamedas de árboles con peana de madera, que tienen un único verde, que se lo distinguiría tal vez por su olor a pintura; plazas, carreteras y caminos de serrín más o menos fino, según la urbanización que se precise; casas de camuflaje con ingeniosas y pintorescas escaleras por fuera; palacios, castillos con arco—no esa mentira del castillo de los tres Magos al que le falta el abrigo de la espalda—; pueblos enteros, grutas de color húmedo, molinos, cabañas... sólo son de verdad el sol, la luna y las estrellas sobre la inmensa cristalería que cubre el Archipiélago.

La mejor de las islas — la Isla Real, que tal vez no sea la mayor—tiene en su aspecto un verde negro y jugoso, una bella y amable fronda, alamedas y jardines con ritmo, caminitos serpenteantes, arbustos exuberantes hasta el suelo, lagos y estanques biselados: un tesoro de las armonías de juguete.

Allí está el palacio del Rey en una rica y suntuosa casa de muñecas, no porque la Isla Real esté en el centro del Archipiélago, sino porque es linda como la línea de una favorita.

Las otras catorce islas del conjunto

tienen títulos graduados que, en efecto, marcan el valer de las islas: la de la Reina, la del Príncipe, la de los Infantes, la del Bastardo, la de los Ministros, la del Gobernador, la de «Cúchares», la de Venus, la de la Ruleta, la de Marte, la de las Liras, la de los Logaritmos, la del Soneto y, por último, la del Pueblo Soberano; así se clasifican por orden de importancia.

Un tranquilísimo mar de cristal rodea al Archipiélago. Es un mar por donde se podría caminar despreocupadamente si no fuera que está prohibido, para no quitar el efecto y para que no se

los objetivos de la civilización, los frecuentes trastornos intestinos, los crímenes políticos, los banquetes, las intrigas del amor, la Prensa, desde los artículos de fondo a la más ingenua y sonriente gacetilla de sociedad, todo adulación, en fin, o todo odio, habían tenido siempre una mira latente, angustiosa, pertinaz, instintiva, obcecada: mejorar de isla.

Y es que cada rey, casi siempre, y siempre cada dinastía, había clasificado la muñequería de distinto modo, según el cual había de ser poblada cada una de las quince armaduras de Nacimiento.



zambulla la gente en el agujero que hizo el pueblo con la cabeza de un astuto ministro que negociaba secretamente con los extranjeros para exportar las mejores muñecas. El pueblo se empeñó en tirarlo al agua y lo consiguió.

Los carabineros tienen siempre cargadas las carabinas contra las mariposas de verdad, por si traen almas a las muñecas, y contra Melchor, Gaspar y Baltasar.—Melchor tiene en una mano la cicatriz de un pistón, porque una vez pensó hacerse con un caballo de cartón que le faltaba y no tenía ganas de volver al castillo de Oriente por él.

## Breve metraje de leyenda

Según se desprende fácilmente, como resumen de la historia del Archipiélago, es tradicional que las luchas de clases,

Los primitivos valerosos caballeros dieron preferencia al valor, y sus sucesores se lo dieron a la aristocracia, que es el valor en latas de conserva. Un bastardo, que era un juguete con platillos que daba vueltas sobre una caja de música, se le dió al Arte, y lo mismo hicieron sus descendientes.

Pero los ultraístas de la época llegaron hasta la revolución, quemando las Reales Academias con toda la ropa blanca de los conserjes. La revolución la ganaron los Polichinelas, repartiendo unas tarjetas de colorines entre los poetas modernos, que eran abonos para un restorán económico—vino y café aparte.

Los Polichinelas dieron la preferencia al dinero, y no era extraño ver un grupo de hambrientos aristócratas deshinchados diciendo:

—Yo me estrellé con un 45

—Yo con un 52.

—Yo con un 76.

Y no es que hablaran de automóviles, pobres; hablaban de los tantos por ciento que empleaban los Polichinelas para prestar dinero.

También los Polichinelas en el trono tenían sus genialidades, que uno tenía la real monomanía de las bocinas, y sus autos, no sólo llevaban la bocina corriente que va al costado del coche y que al tocarla el *chauffeur* parece que el propio auto se ha llevado la mano al puño de la espada; sus coches llevaban una bocina para cada asiento, y dentro las llevaban colgadas por los lados, como una vieja cocina con peroles de cobre.

El hambre de los desheredados los empujó a la Isla Real a tajar jorobas de Polichinela, atravesando a pie el mar de cristal, ya que las botas rotas no escurrían a los desheredados.

Se hizo esta nueva revolución, y un muñeco, vestido de baturro, se subió a una farola, como los días de toros en la plaza de la Constitución de su pueblo, y dijo que a él no le ganaba nadie «a ser todo el mundo igual», y que se hacía Emperador de las Igualdades. En seguida se unió las cejas en una como principio de autoridad.

Tuvo que distribuir sus gentes por su trabajo, según él había dicho tantas veces en sus largas horas de asueto, al premeditar la revolución; pero como los nobles del trabajo son muy aburridos, porque para sostener la sonrisa de la simpatía hace falta que no esté muy cansado el juego de músculos, clasificó la muñequería secretamente—en una oficina que tenía esa puerta secreta, como pedazo de pared, que hay en todos los palacios—, según se jugara mejor o peor al billar romano, su gran deporte. ¡Lástima que en una discusión con el Ministro de Juguetes Instructivos, que en el mundo había sido de cuidado, sacó éste un estoque de su ministerio y se lo clavó al Emperador en el vientre, regando de serrín el gabinete real de recreos menores.

El Príncipe era un *kiriki*, y tuvo que regentar la madre. Los hombres guapos fueron ahora lo que antes los billares romanos, con su oficina secreta y todo...

Una nueva revolución se imponía, y la hizo un descendiente de la dinastía primitiva, que se había hecho llamar majestad por su cocinera y seis o siete aristócratas románticos y famélicos que le siguieron. Su aspecto flacucho no le portaba; le daba un aquel muy primario.

Algunos más le siguieron: gente que pasaba por la calle y que fué engrosando el silencioso grupo que andaba despacio, sereno, frío, como esas multitudes bíblicas que se ven en las películas.

El revolucionario entró en Palacio tranquilamente; pasó entre mil tapices, sillerías exuberantes de riqueza, regios relojes estropeados que marcaban cada uno la hora de su muerte, porcelanas y damascos; miró por el ojo de la cerradura del despacho imperial de la Emperatriz, y vió lo que él suponía y el lector supone: la escena del sofá con un Ministro cualquiera. La estampa es maravillosa para la pantalla: la mímica del amor, recortada por la forma de una gran cerradura.

Se lo mostró a los demás Ministros, que muy perfumados esperaban audiencia—uno juraba y se le escuchaban de lejos los golpes del corazón—, y todos se encargaron de degollar a la pareja y de



degollarse ellos entre sí al descubrir sus celos, asesinándose de dos en dos, con una simetría sólo posible en los juguetes.

Las huestes del revolucionario tiraron los cadáveres a la calle, y un carrito de la basura, con su caballito de cartón, su pala de madera y su campanillita plateada y todo, se los llevó al cajón de los rotos.

Mandó entonces a su cocinera que, aun a costa de subirse en una silla maravillosa, arrancara un tapiz y lo pusiera en el balcón de las solemnidades.

—¿Cómo, señor?

—Tonta; como ponías las alfombras en casa para sacudirlas.

Se hizo. Se asomó el cabecilla; esto es decir que se asomaba el Rey Caballero VII.

#### Personajes: el Sabio y la Princesa

Cuando pasaron a las mejores islas los nobles del trabajo, el Sabio, por motivo de su traje de Sabio, pasó a la Isla Real y montó su observatorio en una guardillita, porque no podía ocupar otra cosa, y, además, porque así estaba más cerca de las estrellas.

Llegó la hora de los apellidos, y se le obligaría seguramente a tornar a su Isla de los Logaritmos; pero hombre avisado y amante de toda lectura, se había enterado, por la *Gaceta* del Archipiélago, de que sus catorce apellidos, bien vulgares todos, habían sido espontáneamente ennoblecidos uno por uno, por catorce ricachones de las islas.

Lo expuso admirablemente detallado, con las catorce citas de la *Gaceta* al margen de la solicitud, y los Jueces de Armas transigieron. Ello es que el Sabio no tuvo que echarse al hombro los aparatos de la Astronomía, que le hubieran sido bastante molestos.

La casa de muñecas donde vivía tenía tejado de ese color rojo puro de los juguetes, y de él se salían dos ventanas, con sus dos tejadillos afilados; se diría de ellas que, con relación a todo el gran juguete que las rodeaba, eran un juguete de los demás juguetes.

Por una de las ventanucas asomaban,

el bastón a una paloma, sin el punto sonoro y asesino; por el otro hueco de su habitación asomaba sus propios ojos, y hasta el babero de sus barbas blancas, para admirar a la Princesa, hija del Rey Caballero VII.

La Princesa paseaba por las culebras de serrín que formaban los senderos carbonizados del Parque Real, o seguía envenenándose con la silueta de sí misma, las alamedas tristes de cipreses exactos.

Por las paredes del Parque había a veces rosales de mentira, a los que no supo negar Naturaleza—por no se sabe qué modo de mirar al cielo que alguna vez tuvo la Augusta damita, que traspasó los cristales que cubrían el Archipiélago—unas pequeñas rosas de verdad, que dentro de la Naturaleza parecían rosas de juguete, rosas de pitimini, rosas aún más blancas que la Princesa pálida que tenía los ojos negros y brillantes, ojeras que eran cerros hondamente morados, y definidos labios finos como una herida de puñal florentino.

Abría y cerraba los ojos tal que si las muñecas tuvieran pasión y religiosidad. Si un hortera la llevara al mercado, diría:

—Abre y cierra los ojos admirablemente, ¡admirablemente!, como una criatura que pestañeara. Es una muñeca magnífica, estupenda, que justifica con creces su buen precio, en una palabra.

Pero no podría hablar con tal frialdad hortera, con tal hipérbole de comercio, el Sabio Astrónomo si tuviera que referirse al abrir y cerrar de ojos de la Princesa que él admiraba desde su ventanilla...

Tampoco él era un mal juguete. A veces se le despegaban, enganchadas en la maraña de tornillos, agujas, llaves, dientes, etc., de su observatorio, aquellas barbas largas de algodón suave, que eran más suaves y acariciantes aún que esas borlas de polvera que parece que se van a deshacer como una nubecilla blanca bajo el sol, y le quedaba un gesto añorado y limpio, que era el de su corazón, y además el gesto de su edad.

#### Cinco minutos para preparar la segunda parte

Los porteros de la casa donde el Sabio instaló su observatorio eran un matrimonio de trapo con una hija de cartón.

La madre, gorda, de ojos redondos y saltones y brazos rígidos, tenía un fuerte y áspero gesto de portera a la que ensucian la escalera; pero engañaba; ¡bah!, el carácter era también de trapo, y eso va en elogio de la flexibilidad de su carácter.

Ella se encargaba, solícita, de subir al Astrónomo los pobres manjares de su comida: unos pedazos rojos de ladrillo, unas suaves piedrecitas de mar que el Sabio gustaba más de acariciar que de comer, y algún que otro flan de serrín mojado. Luego, no la importaba rodar todas las escaleras por bajar de prisa. ¡Como había nacido trapo! Quería decir que no hería su dignidad con las aristas de los peldaños.

Como eran pobres, la hija de cartón —una fregona de muy buen ver y de lo más fino que en cartón había—no tenía ahorros suficientes para comprarse ropas de una vez, y se iba vistiendo poco a poco, de dentro a fuera, e iba en enaguas. Además, atendiendo a esa invitación que el espejo hace a los guapos, prefería comprarse poquita ropa, pero linda, a mucha ropa basta. Total: que iba medio desnuda. Nobles señores, ya empezaban a compadecerse y a ofrecerla vestiditos de seda... Claro que ella era una muchacha muy digna y prefería dar

a su novio la poquita ropa que ella tuviera para que él la empuñara.

Bien; pues por motivo de los telescopios y por motivo de un cuarto de hora por comida, en el que la portera hablaba semejante a un juguete de cuerda al que se hubiera dado veloz suelta, como cuando levantamos en el aire un automovilito con toda la cuerda dada, el Sabio se enteraba de lo que sucedía así en la tierra como en el cielo.

He aquí por qué el Sabio supo, al fin, las iniciaciones del mal de la Princesa.

#### Tristeza.—Con un crepúsculo al final, filmado en azul

Algunas noches la Princesa, envuelta sutilmente en la luminosidad de las apariciones divinas—tal vez sólo en la cálida imaginación del Sabio este nimbo, bello como un perfume que rodeara a la muñeca—, buscaba en el jardín lo extraordinario a las altas horas de la noche, porque en las horas vividas raras veces, siempre suele haber sensaciones nuevas en las cosas viejas.

Y era en estas noches plateadas como una Sirena, cuando el Sabio, trajeado hasta los pies, desde la punta de su gran cucurucho, con estrellas oro sobre raso azul, torcía la dirección de sus cañones investigadores, los graduaba con mano temblorosa, y en vez de curiosear por las constelaciones o asambleas pintorescas, seguía los pasos de la que le acongojaba de plena y extraña sensiblería todo el organismo de juguete.

¡Bah! No interesó a Su Alteza el Sabio enamorado, que sería tan incondicional, tan sumiso, tan humillado como todos; tan fácil de dominar como la corriente de los ríos de vidrio. Asimismo, nunca osó ella atrapar las rosas fragantes de los falsos rosales, ante el temor de no pincharse nunca. Y no comprendía el por qué sus manos eran tan virginales, finas y nacaradas, si no habían de sangrar jamás al coger una rosa que supiera imitar con su perfume el alma de un amante...; y no comprendía el por qué ella era blanca, bella y sentimental, si no había de pincharse jamás con un amor romántico, muy triste y muy difícil...

Y mientras, el pobre Astrónomo, que sólo una vez tuvo ocasión de temblar —una vez solamente—, porque la Princesa le observara, se arrancó las barbas astronómicas, luego de mirarse al espejo—también como todos—, y sólo se las ponía cuando le obligaba su profesión de hablar con las estrellas por matemáticas; sólo se las ponía en actos de servicio.

Su Alteza no le volvió a mirar.

La cual llegó día en que no pudo salir sino en su silla de posta de maderas preciosas y de damasco, que se decoraba en las aristas achaflanadas con grandes rubies, de cerco de oro, y almohadillaba su interior con cojines de glase negro, que daban un moderno reflejo de plata.

Su blanca corte de las más lindas muñecas, que se diría una corte de novias por sus velos y sus flores blancas, iba ahora detrás o delante, nunca con Su Alteza. Ella no quería dialogar con nadie; casi les manifestaba el gesto de su cansancio de gentes cuando se le acercaban, bien discretas, a hacerle breves preguntas de interés—dijimos bien discretas, y quisimos decir que cubrían muy bien su deseo de asomar los ojos mil veces por los ojos de la silla de posta, con movimientos de respetuoso afecto y discreción protocolaria.—Eso sí; de este limpio y apagado desprecio se consolaban las damitas con estar todas incluidas en él y con poder hacer, en sus corrillos de la marcha, secretas versiones de aquel mal.

Y los pequeños pajes, que en las paradas se arrinconaban como cachorros ateridos y que eran lebreles llenos de fidelidad y temor, marchaban, entre tanto, en silencio. Eran unos niños de celuloide, blancos y negros, trajeados de



azul y de rojo, respectivamente, con graciosas vestiduras, que se limitaban por el cuello, las bocamangas, los muslos y los faldoncillos con vuelos de rico encaje.

Al caer de la tarde, al llegar la ola de la sombra con sus negros azulosos y su sinfonia de insensible fragancia; al asomarse las dos o tres primeras estrellas del ocaso para presenciar el espectáculo de la retirada del día vencido y el misterioso despertar de las sombras que velan, crecía la angustia de la Princesita y no consentía que se levantara el oleaje del murmullo que en su charla tejían las damas—bien es verdad que ellas amaban también el silencio en esta hora musical del silencio.

Era entonces cuando, caminando de retorno, parecía escucharse solamente los pasos lentos y religiosos de un entierro crepuscular...

#### Nocturno.—Velatorio.—Contraste de luz

Por la noche, en un rincón luminoso de una amplia estancia oscura; en un cálido rincón de una estancia fría, mármorea y palaciega, la Princesa se hacía traducir libretos que decían de pasiones, de cisnes y de almas infinitas, y que más bien los traducían ella que el traductor, puesto que al traductor se le escurriera los sentimientos por su pecho de cartón piedra.

Los libretos la llegaban a escondites del Rey y de los aduaneros, consumidores y carabineros, que tenían orden de prohibirles el paso al Archipiélago, como a tantos otros efectos.

Y cuando ya se había empapado de esa fruta prohibida —para la Princesa era bello presagio y adivinación de toda fruta prohibida—, quedábase sola con el aroma de unas rosas de aquellas que se le concedió.

Llegaba a dormir alguna vez y su sueño no era el sueño que pudiera romperse, frágil como un cristal de Venecia, sino que pudiera deshacerse —pudiera deshacerse una noche— como una rosa suave que se deshojara.—¿Por qué las



insaciables de investigación, viciosos de descubrimientos, los telescopios que comunicaban con las estrellas o las cazaban cuando ellas creían esconderse en el nido de su opacidad—hermosas cacerías esas, como cuando apuntamos con



4 de Marzo de 1923 - hoja 3

# EL LIBRERO DE VIEJO

INSTALÓ su puesto de la Feria como todos los años, sin hablar con ninguno de sus vecinos de instalación. Aquellos mercachifles que vendían saldos de libros, comprados en montón y realizados a esportones, no eran verdaderos cofrades de la Hermandad de los Libros de Viejo. Esta Cofradía era una institución sagrada y tácita, con sus iniciaciones secretas y sus ritos silenciosos y solitarios. Necesitaban los Hermanos someterse en alma y cuerpo a determinados ejercicios de acomodación y mimetismo para alcanzar, como la polilla, el color del polvo y de lo viejo, o, como la carcoma, su acción recóndita y callada.

Los vecinos de aquel librero, profanos y hasta profanadores, carecían de todo tacto y rebecaban plebeyez. El de la derecha se pasaba el día ensordeciendo con vocinglerío de plazuela: «¡Al barato!... ¡Al barato!... ¡A real y a dos reales!... ¡Hoy, por acabarlos!... ¡Vengan hoy!...» Y revolvía los libros, los esparcía, los daba golpetazos, para sacudirles el polvo y, sobre todo, para mantener aquella animación procaz y llamativa. El otro vecino vendía estampas viejas, arrancadas de todas partes y en montón: una lámina de novela por entregas, un cuadro de El Escorial, una fotografía de familia, otra de un paisaje de Filipinas y cuatro o cinco grabados de la *Ilustración*, iluminados a churretes de acuarela. Este era un tío gordo, que estaba siempre comiendo guisotes; las cazuelas y los platos sobre unos taburetes, rodando los cubiertos con la pringue y las cáscaras de melón por entre los montones de las láminas.

Por eso el Beato, Cofrade de la Sagrada Hermandad Secreta de los Libros Ancestrales, no se trataba con sus vecinos inmediatos de instalación, manteniéndose en un apartamiento de reserva altiva y displicente, incluso con los compradores profanos.

El se atenía a la clientela (fija: dos o tres canónigos, un juez de la Rota, un catedrático erudito y un coleccionista, especie de «entomólogo de libros», amigos todos ellos, que iban al puesto — como otros al fumadero de opio — por la tertulia y la comunidad de religión más que por la compra misma.

Llegó un día la revelación definitiva; tenía, entre otros libros estimables, un ejemplar de «La Dama de las Camelias»; no por lo que pudiera tener aquella obra de literatura novelesca y casquivana, sino por sus estampas en color: unas estampas desmayadas, desvaídas, tenue suspiro que agoniza y que se va.

Una tarde, al quedarse solo en su chiscón, notó que una figura vagarosa, aquella Margarita Gautier del traje oro limón, de la manteleta rosa malva, del rostro blanco tenue, traslúcida blancura de camelia, llegaba hasta él, ingrátida, para reposar la sien en el hombro del librero, enferma de jaqueca espiritual y de melindre romántico y mimoso.

las coloreaba con romántico desmayo; la Margarita Gautier del libro había muerto, se había desmayado también, de amor, de anemia y de elegancia; y el librero temía que aquella pelusilla de las láminas, polvo de mariposa — psiquis: alma —, se desvaneciera al menor soplo.

—Está vendido — dijo, secamente, al

codiciados todavía desde que se les habían hecho inasequibles, acabaron por desaparecer y dejar solo al hombre aquel que parecía ausente y sonámbulo.

El no se inmutó, sin embargo; le bastaba con las almas de sus libros: Santo Tomás se le aparecía escribiendo, con pausa metódica, y, al levantar los ojos de la docta labor, saludaba al librero,

manteniendo unos instantes, en el aire, la mano diestra con la pluma de ave, en un gesto pausado entre de s ludo y bendición; Fray Lu el de Granada, le dedica la sonrisa de sus ojos azules, y el mismísimo «príncipe dilecto» — como llamaba al Dante el entomólogo —, d pie, con balandrán o túnica escarlata, posaba en el brazo del librero su mano des- carnada y la mantenía allí un momento, en muda sensación de presencia amistosa.

Ante aquello, ni sentía la crueldad de la intemperie el desfallecimiento del h bre. Hipnótico perpetuo, sil en vida, fakir en concentración, eterómano una droga misteriosa y til — el «polvo de los sig que le había narcotizado, curtido, acartonado, e siándolo hasta inmu contra todo accidente cedero y transitorio — manecía exento de cios apremios, consumiéndose como un cirio que ardiese con llama invisible, ofrenda a un rito arrinconado y polvoriento. Llegó a más, llegó a morir sin que nadie supiera cuándo, porque su cuerpo quedó incorrupto y fijo en su actitud espectral de espantapájaros hierático, de guardián hermético y eterno. Sus aliados secretos la polilla y la carcoma, habían penetrado en el interior de su cadáver y le habían desecado las vísceras internas para momificarlo.

Como a nadie atendía, ni nadie se preocupaba de él, nadie se dio cuenta de nada. Cayeron lluvias en invierno y se empapó de agua el tenderete; cayó el sol calcinador de la cánicula y lo reseco, lo abarquilló, lo consumió, hasta dejarlo reducido a una especie de cascote de nacimiento, juguete de rinconera caído de un desván y olvidado por el trapero.

Cuando el Municipio decidió derribar la rinconada, el «entomólogo», que pasaba a

las veces por allí, de soslayo, al acecho de posible ocasión, cogió furtivamente el puesto entero, como si fuera una de esas construcciones de armar de los chicos, y se la llevó al museo de su casa.

Allí está como un reloj de figuras de compuesto, como las reliquias de un to varón del que nadie supiera el nombre, ni los hechos; con su gabán color pergamino y su raído sombrero hongo, cirio rancio y apagado, de pábilo negro.

Manuel ABRIL

Dibujo de BARRADAS.



Sintió el librero entonces un effluvio suavísimo, como si el color de la estampa le colorease a él también todo el espíritu.

Un caballero entró en la covachuela, y sacando de pronto el famoso ejemplar de «La Dama de las Camelias», lo abrió por una de sus láminas. Tembló el librero, en vilo el corazón: había llegado a persuadirse de que la coloración aquella de las láminas era de condición tan inconsútil e impalpable porque el alma misma de la protagonista

comprador para que dejara el libro cuanto antes.

Y zanjó con esto su destino para siempre: no vendería ya nunca un libro más, aunque llegase a no poder pagar ni la misera guardilla en que vivía, a no poder comprar ni el queso y el pan o los higos secos con que se alimentaba.

Perdió toda la parroquia; el canónigo, el erudito, el «entomólogo»; que seguían yendo por mera fórmula, porque no se acababan de hacer a la costumbre de contemplar siquiera aquellos libros, más



# VIAJES AL PASADO LITERARIO

## Asir lo concreto

Tengo delante un libro del siglo XVI, que se titula: *Tractado de Drogas*. Parece, al primer golpe, que no sea de caber encanto en un volumen de este género. Y, en embargo, basta el índice para poner en movimiento la fantasía. Desfilan estos nombres de abolengo: Sándalo, Ambar, Cánfora, Tamarindo, Datura, Piedra de Bezahar, Nímbo, Spodio, Turbit, Acibar, Amomo, Mirabolano, Palo de culebra, Piñones de Maluco, Cálamo aromático, Reobarbaro, Jengibre, Bangué, Opio.

Preceden al índice varios prólogos y un retrato del autor: médico burgalés, de tipo agrecado, que anduvo y vivió en las Indias Orientales; hombre andariego y curioso, salvador de obstáculos e incapaz de envanecerse por ello. Dice, de pasada, en un sitio: «La planta de pimienta luenga, me afirmaron ser muy diferente, mas yo no la vi, porque me captivaron en el Malabar, el tiempo en que yo esperaba ir a verla a Bengala.»

El primer capítulo de este libro trata de la canela. Por parecerme que en el lenguaje de este médico «de oluma gorda», como él dice prejuzgando su estilo, está



Christophorus Acosta Africanus

el carácter de la época, voy a copiar algunos párrafos: «El árbol de la canela es del tamaño de un naranjo; y los frutos mayores y más pequeños. La hoja es como la del laurel, más ancha y más clara en el color, y no tan sensible; y tiene tres nervios, como en la figura se muestra. La flor es blanca y poco olorosa: su fruto es del tamaño de las aceitunas del acebuche, y de color verdoso; y cuando se hace maduro, va rojeando. Y siendo maduro, se vuelve negro y translúcido, y en esta sazón lo cogen: y tiene dentro hueso, como el de la aceituna del acebuche, y la carne de la misma suerte, echa un sumo untuoso y verdoso; y su color, como el de la vaya del laurel. Su sabor es agudo, con muy poco amargor. Tiene este fruto al pie, de que está asido, un pequeño cauillo blando, no tan crespo, ni áspero como es el de la bellota de la Encina. El árbol es de mucha rama, y los frutos nuevos son algo derechos. De estos árboles hay gran cantidad por los bosques del Malabar: mas la canela, destos, con muchas partes no es tan buena, ni tan aromática como la de Ceylón. Tiene este árbol dos cortezas, y la canela es la segunda corteza: la cual cortada, echada en tierra, por sí misma se enroscas con el calor del sol, y se hace colorada, siendo antes su color color ceniza.»

«... Precisa, exactitud, riqueza y al mismo tiempo sencillez de lenguaje. Ved lo que dice de la Yerba viva. Tiene esta yerba una propiedad tan admirable que confunde la razón, y es que estando muy fresca y apañada, si la quieren tocar, va retirando sus hojas y enrollándose debajo de su delgado caule; y tocándola, se

para de improviso tan marchita que parece secarse: y lo más que es de admirar, es que en desviando la mano della, se vuelve luego a su ser, y tantas veces se marchita y reverdece, cuantas le ponen la mano, o la tocan.

«Algunos médicos de la tierra... me afirmaron que aprovechaba para hacer (lo que la madre Celestina) virgenes de corruptas, y que para reconciliar el amor tenía admirable eficacia.

«Vi esta yerba seca entra las ropas de una enamorada.»

Admira en estos hombres del siglo XVI el desequilibrio entre la forma y el conocimiento: aquella, adulta; éste, en la infancia. Creo que se debe en gran parte a ese desequilibrio la gracia singular que nos hacen sus obras.

Entenece ver el esfuerzo que nuestro doctor Acosta pone en allegar noticias y asentirlas con evidencia; el escrúpulo, diremos científico, en reunir pareceres sabios, o la nomenclatura de las plantas a través de los pueblos. Entenece, sobre todo, porque después de circunciar y fijar con exactitud ciertas cosas, las visibles, muestra un pensamiento en mantillas. Es lo que ocurre con los pintores primitivos.

«En anochesciendo se cierra la hoja (del Tamarindo), recogiendo y abrazando dentro de sí a su propio fruto: y donde no lo tiene, se abraza con su ramo o estirpe; y en amanesciendo se vuelve a abrir, mostrándose muy graciosa.

«Los tamarindos... bebidos, purgan la cólera y humores adustos; son útiles contra las fiebres continuas y ardientes, contra la frenesía y melancolía, y contra todas aquellas enfermedades que proceden de humor adusto o colérico, o de flema salada: apagan la sed y el ardor de estómago y del hígado.»

Este lenguaje, como el dibujo de los pintores del Cuatrocientos, jamás escamotea la línea de contorno. Eso de que la forma se confunda a trechos con la penumbra o con la sombra tenaz de un fondo misterioso, no lo conciben. Se ha de narrar todo de manera que se palpe con la vista.

«El fruto de la Datura está todo lleno de una simiente del tamaño de lentejas, y de aquel mismo color, y de figura de corazón, cuyo sabor es como el de la corteza de su planta (amargo). El mal uso de las enamoradas es, dar de esta simiente hasta media dragma molida en vino, o en lo que más se les antoja, y el que lo toma queda enagenado por grande espacio de tiempo riendo, o llorando, y muchas veces hablando, y respondiendo... Andan tan maestras y experimentadas muchas mundanas, en los efectos de esta simiente, que la dan para cuantas horas quieren que el pobrete esté adormido o transportado.»

Cuando nos fijamos en la nitidez que logra lo expresado, viene al recuerdo la fachada de la Universidad de Alcalá, o la Santa Catalina de aquel discípulo de Leonardo Yáñez de la Almedina, que provisionalmente acoge hoy el Museo del Prado, por no citar más cosas nuestras y cercanas. Vienen al recuerdo ejemplos de otras actividades humanas, y de golpe se nos presenta el siglo XVI, resumido en unas notas comunes que son su estilo. Este buen médico burgalés busca su objeto sin miras literarias y, sin embargo, su obra lleva el timbre clásico.

«Un grande médico gentilico del gran Soldan Badur, Rey de Cambaya, por medicina muy familiar y benedicta, tomaba tajadas de las hojas de la yerba de que se hace el acibar, y cociendolas con sal, daba de este cocimiento a beber hasta ocho onzas, con que hacían cuatro o cinco cámaras, sin molestia ni daño.»

Como viene hablando del efecto purgante del acibar —cámaras son evacuaciones—, el doctor se acuerda de los baños y de la limpieza entre los pueblos gentiles. Es curiosa la anécdota que trae:

«Es de precepto a los Bragmanes y Bancanes, y a todo Gentilico, que ningún día coman sin lavar o bañar todo el cuerpo primero: y los moros se lavan estando sanos, a lo menos cada tres días. En el año de Nuestro Redentor Jesu-Cristo de mil y quinientos y sesenta y nueve (residiendo yo en la ciudad Santa Cruz de Cochín por médico del Hospital Real del Serenísimo Rey de Portugal, con salario) cayó el Rey de Cochín (Gentilico Bragmane y hermano en armas del cristianísimo Rey de Portugal) en una grave enfermedad de calentura continua: la cual le tomó sobre muy flaco y gastado del uso venereo, y queriéndose curar conmigo solo, sin adiutorio de sus médicos, me sacó a partido en la pri-

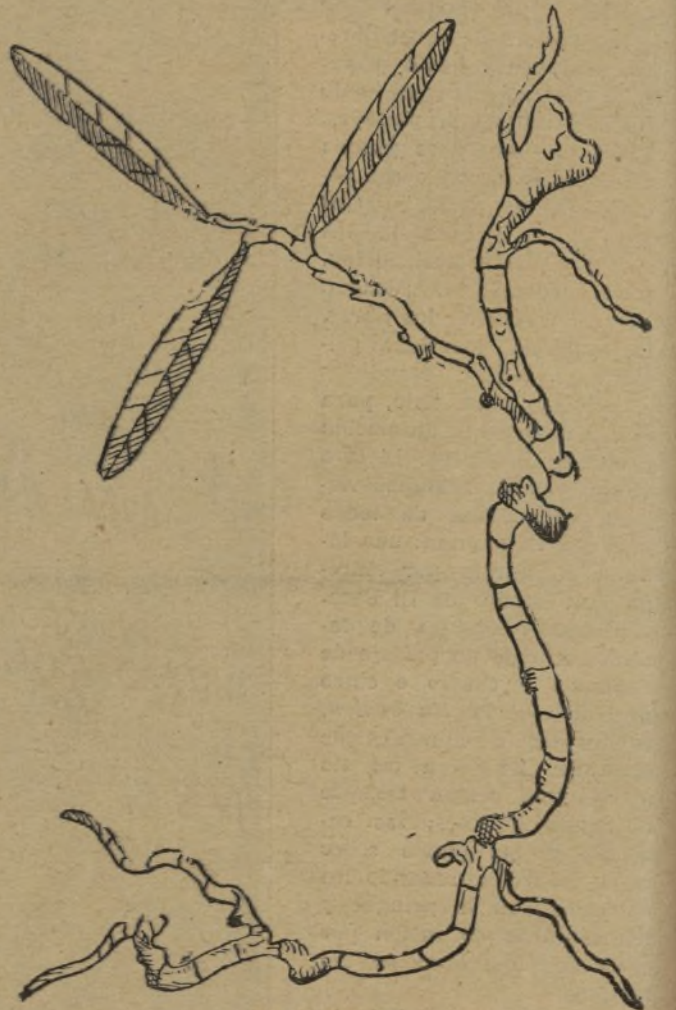
mera visita que le hice, que mirase como le curaba: respectando que aunque le costase la vida, no dejaría de se lavar cada día.»

Esto es cosa que sorprende al médico burgalés, y que seguirá sorprendiendo a muchos compatriotas y contemporáneos.

Desde varios puntos de vista nos atrae el libro del doctor errabundo y estudioso.

Hay en él preciosas etimologías: El Amomo, en árabe Amama, significa pie de paloma. El Nardo, en árabe Cembul, quiere decir espiga. La Canela, en griego Cinnamon, significa palo oloroso.

Contiene datos de costumbres y creencias divertidos. Hablando del Bangué (1), dice: «La gente indiana come de esta simiente y de las hojas para se ayudar en el acto venereo, y para acrescentar el apetito de comer.» Mezclándola con otras especies surte diferentes efectos y «los unos la toman para se olvidar de sus trabajos y dormir sin pensamientos; otros para se deleitar dor-



Palo de Culebra

miendo en variedad de sueños y ilusiones; otros para estar borrachos y graciosos truhanes; otros para el efecto de las mujeres.»

Nos revela el espíritu crítico del autor, volviéndose contra los que atribuyen cualidades venenosas a las plantas inofensivas, como al Nardo: «No hay que mirar en lo que dice Theophrasto, libro 9, cap. 5. de Historia Plantarum...» «El mayor veneno que entre ellos tienen (los indios) es el llamado Bicho de Ormuz: el cual es como un Estiuco... Tras este mortífero veneno, es la Manga brava... y luego el veneno que hacen de las barbas del Tigre, y otro de una yerba lactuosa, de que hay mucha abundancia en el Malabar.»

Las citas llenarían demasiado; es lástima. En todas hay deleite o enseñanza, sobre todo para los que acariciamos la pluma. Autores como este médico traen a sus libros multitud de vocablos que no usa el literato para cosas muy concretas y determinadas.

Nombraré, para concluir, un contraveneno, la Piedra Bezahar, que se halla en el buche de un animal «casi de figura y parecer de cabrón, rojo de color, ligero y vivo, que los persas llaman Pazan».

Y si estuviera en mis manos cedería un poco de sándalo a mis lectores, por aquello que dice Avicena, libro *De viribus cordis*: que sirve para roborar el corazón y darle alegría.

J. MORENO VILLA

(1) O Bangi, nombre vulgar de la *Cannabis indica*.



rosas cuando se mueren no están más bellas que nunca?...  
Era así como moría la Princesa. Y en su última noche, unas viajeras golondrinas, de pecho blanco, que a extrañas horas iban de paso, fugaces como su trino, a la caza de las sombras que ellas mismas hacían por la luna, cruzaron de extremo a extremo y clavaron el filo de su honda emoción en el blanco pecho de la muñeca...

Cuando llegó el frío de la madrugada con su fragancia exuberante, expresiva y limpia, aquellos bufones de la Princesa que no supieron divertirla, se apretaban en otro rincón de la amplia estancia palaciega — en uno de los tres rincones penumbrosos y fríos — en espera de que ella despertara de su infinito sueño de nácar.

¿Qué sabían ellos de la Muerte!...  
Trasladada a la estancia contigua la Princesa, los bufones se apretaron en su rincón llenos de silencio; podría decirse que se escuchaba más fácilmente el silencio de su rincón que el de los otros rincones vacíos. La alegría infantil de los bufones se había reducido ahora a un montón polícromo de guiñapos que parecía un apartado selecto de una trapería.

En una artesa de juguete, forrada de seda blanca — no en una artesa fabricada ya con perspectiva como son los féretros de los hombres —, yacía la Princesa, con un limpio frío en su cara de nardo y lirio. La frialdad de la porcelana imitaba muy bien la frialdad de la muerte. — ¿No sería la frialdad de la muerte misma?

Un palaciego, gordo y calvo, que se apenaba con lindo brazalete de gasa negra con aguas, traía la orden de arreglar la estancia, porque ya empezaría a acudir gente. Echó a los bufones con el pie, encendió ocho cirios de juguete, azules y trenzados, y limpió el cadáver con un plumero.

— Ya está — dijo.  
El fúnebre cortejo.  
(De «Información film»)

El Rey se satisfizo mucho con los consuelos que le prodigaban sus adictos, con frases de una medida tan precisa y exacta que requerían un estudio, un esfuerzo mental y un esfuerzo de retención, dignos de un gran afecto, de un gran respeto y de un gran acatamiento; esa era la verdad. Y cuando unos cuantos Ministros, Gobernadores, Alcaldes y aristócratas habían entrado de uno en uno en el salón de Palacio, donde iban quedando con el Monarca, éste dijo que entraran en grupos de diez o doce, porque le parecía demasiado repetir el gesto y la escenita tantas veces delante de los que habían llegado primero.

Los señores se formaban colas: — Le acompaño en el sentimiento, Señor.  
— Le acompaño...  
— Le acompaño...  
También los servidores de la Casa pidieron permiso para acompañarle en el sentimiento, y el Rey dijo que bueno, que un poquito; y el Intendente dijo que terminaran pronto, porque era día en que había mucho que hacer...  
El cortejo fúnebre fué de una organización maravillosa. Todo el mundo dijo que daba gusto verlo. Los Ministros llevaban bandas de colores y barba rizada. Los altos empleados palatinos y los Gobernadores, a última hora, cuando todo estaba a punto de comenzar, aún formaban los últimos puestos de la cola a la puerta de la planchadora de pantalones.

Los caballos blancos de la carroza tenían sobre la nuca unas graciosas y exuberantes plumas reforcidas con elegancia, más blancas que ellos mismos; les iban muy bien, y como además molestaban bastante a los pobres animalitos, éstos hacían esbeltos y solemnes movimientos con la cabeza.

— Tanta solemnidad es un consuelo para Vuestra Majestad — le decían al Rey, que asentía, haciendo unos esbeltos y solemnes movimientos con la cabeza.

El Silencio — el Silencio corriente, intangible e invisible —, creyéndose con derecho a asistir a la triste ceremonia, porque tampoco él estaba en el gráfico,

Una noche se recostó a descansar en su camastro. Como él no era un rico muñeco, que tuviera el privilegio de cerrar los ojos para dormir en posición horizontal, soñaba siempre con las estrellas distintas que cada día se veían en el cuadro de su ventanuca.  
Y esta vez, ¡qué extraño!, vió una estrella nueva mucho más brillante que todas...  
Se pegó la barba para actuar; aunque sin saber la causa, le temblaba la mano más que nunca; graduó el gran telescopio de las solemnidades astronómicas, lo que le costó aún más tiempo que pegarse la barba, por motivo del pulso, y con inquietud y ansia y miedo buscó la misteriosa Estrella, que, toda hecha de luz y de pureza, era ella, era la Princesa, que había subido — ¿por qué? — al cielo, y no pudiendo la muñeca — ¿por qué? — entrar en él, la habían dejado allí, donde palpitaba en un titilante oro, plata, rubí y esmeralda...  
Se hinchó — no se ha podido saber cómo — en un esfuerzo el pecho del muñeco, y en comunión silenciosa se arrancó la barba de la Astronomía, sintiendo por vez primera el dolor de ser juguete, porque no podía llorar su emoción... que ese fué también el mal de la Princesa.  
El Sabio, si alguna vez duerme desde entonces, duerme boca-abajo. Y aquellas incógnitas que él había llegado a limpiar y a bruñir, empiezan a esconderse de nuevo; pero ahora se esconden bajo el polvo del abandono...  
Y hay una época del año en que todas las noches se ve la nueva Estrella; pero los ojos del Astrónomo no han dado aún una sola lágrima para que en ella pueda bañarse la Princesa.  
Este desenlace se haría infinito si no se rompiera la cinta.

## Se rompe la película

La Estampa del Epílogo



BARTOLZZI

pretendió extenderse por los lugares preferentes; pero al sentirse vejado y apretado y estrujado por las bandas de música, por los murmullos de admiración y por las voces de los ritos de juguete — que todo era como si le pisotearan sin consideración —, se había recogido lloroso, aun intangible e invisible, en la guardilla del Astrónomo, el cual, aunque agachado por la forma de ésta, paseaba triste y pensativo la estancia corta y las horas largas...

Desde el momento en que murió la Princesa no había tenido ganas ni aun de jugar a con que comía. Apenas pudo dormir, y por no se sabe qué hondo gesto interior, le era de una gran tristeza mirar al cielo de noche, aun bien curado y defendido de romanticismo por sus pizarras negras, abarrotadas de números y de ristas de cálculo antipático, que resultaba ser la urbanización de los misterios de la ciencia, los senderitos que conducían a las cavernas donde las incógnitas (x, y y z) se creían muy ocultas...

Sólo los bufones, claro está, carecían de lugar en los gráficos que del cortejo se habían repartido entre los concurrentes oficiales para que cada uno supiera dónde tenía que colocarse.

Acudió todo el pueblo. ¡Qué hermosa manifestación de simpatía! Solamente los que tenían algo que hacer no acudieron. Y aun así y todo, hubo muñeca que dejó sus labores un par de horas por asistir.

Es extraordinario el despertar romántico que ha tenido el señorito Bebé: se ha ido despabilando suavemente y parece como si quisiera volver a dormir o a soñar...  
Luego de algunos momentos de silencio, y cuando la madre le ayuda a desnudarse del pyjama para que entre en el baño, ha dicho con voz pálida:  
— Oyeme, mamita...: aquella muñeca que rompió Totó, ¿murió?...  
— Sí, hijito; ¿por qué?  
— Por nada, mamita.  
Bebé guarda un nuevo y hondo silencio. Después:  
— Mamita, mamita, ¿qué son las estrellas?...  
Bebé besa a mamita para que, al apretar los rostros, no le vean sus ojos húmedos...

Antonio ROBLES

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



# Fábrica de Cementos y Cales Hidráulicas de J. José Fradera

Es tan pintoresco, tan atractivo, tan sugestivo el paisaje que constantemente se ofrece al viajero desde que el tren comienza su recorrido por las costas de Garraf, que en diferentes ocasiones ha sentido el que estas líneas escriben vehementes deseos de abandonar el convoy para gozar detenidamente del admirable paisaje que se ofrece a los ojos de los pasajeros.

Por fin, hoy, después de terminar los asuntos que reclamaban mi presencia en la ciudad condal, he destinado el día a satisfacer tan legítimo deseo de admirar campiña tan deliciosa y espectáculo tan pintoresco como el que producen las olas al estrellarse contra las rocas que defienden la costa y que por su majestuosidad, así como por los deliciosos parajes con que cuenta, en los que la Naturaleza fué sumamente pródiga en acumular riqueza de paisaje, merecen ser conocidas por los turistas que, ávidos de expansiones, visitan la hermosa ciudad de Barcelona, en la que no se sabe qué admirar más, si su industria y comercio, uno de los más importantes de Europa, o sus magníficos edificios, o la belleza de sus alrededores, de los que son famosos por su frondosísima campiña, además del majestuoso Tibidabo, que se eleva a unos 530 metros sobre el nivel del mar. Pueblos tan frecuentados por los excursionistas como Vallvidrera, Horta, la Bonanova, Pedralbes, Rabasada, Sitges, San Cugat y Vallcarca, de que en este trabajo nos ocupamos para reseñar a nuestros lectores una de las industrias más importantes con que cuenta España.

En Vallcarca, junto a la estación que lleva su nombre, existe la Fábrica de Cementos Portland y Cales Hidráulicas, del conocido y acreditado industrial don José Fradera, y de cuya importancia comercial pueden darse idea nuestros lectores por la fotografía que insertamos de

la vista general de la Fábrica, en la que se divisan perfectamente los grandes edificios destinados a almacenes y depósitos de materiales, chimeneas de hornos, escuela de niños y niñas y barrio obrero destinado a los que trabajan a las órdenes del Sr. Fradera, quien los construyó para bien de su jornaleros, que gozan de vivienda higiénica, cómoda y agradable por la insignificante cantidad de una peseta cincuenta céntimos por semana.

La Sociedad Fradera y Busems, estimando el valor de los citados terrenos, en los que se advertía inmensa riqueza cretácea, comenzó en 1903 urbanizando lo que hasta entonces era un grupo de montañas, en las que apenas se distinguía una pequeña parcela de terreno cultivado, convirtiendo aquellas moles de piedra y tierra en caserío perfectamente alineado, y en el que los edificios sencillos, pero de delicado gusto, dan al paisaje aspecto, más que de barriada obrera, de colonia veraniega.

En aquella fecha comenzó su marcha la Sociedad, modestamente, para explotar los grandes depósitos de calizas margosas, de composición especial privilegiada y propia para la fabricación de cementos naturales y cales eminentemente hidráulicas, adquiriendo la propiedad de la Sociedad, como sucesor, D. José Fradera, quien en la actualidad, como dejamos dicho, es propietario.

Deseoso de ampliar la industria, instaló en 1914 la fabricación del cemento portland artificial por el moderno sistema, llamado de *vía húmeda*, y acaba de aumentar su potencia productora con la instalación de un tercer horno rotativo de 65 metros de largo por 2,80 de diámetro, capaz para elaborar 150 toneladas diarias del acreditado portland artificial, marca LANDFORT, con lo cual resulta ser hoy la fábrica de cementos de España de mayor producción efectiva.

No es preciso ensalzar las excelentes cualidades que adornan al cemento portland artificial, pues está sobradamente acreditado, no ya por los técnicos, que lo han declarado su favorito, sino entre los profanos en la materia, que por el mero hecho de haber oído hablar de sus excelentes resultados, lo adquieren siempre que han de llevar a cabo alguna obra, dándole, en la mayoría de los casos, preferencia a otros productos similares. Son numerosos los edificios, canales, puentes, presas y demás obras de mampostería y hormigón armados que se levantan diariamente con los acreditados productos que elabora la Fábrica Portland, Cementos y Cales Hidráulicas de D. José Fradera, y cuya dureza y resistencia pueden competir, a los pocos días de fraguado, con las de los monumentos más sólidos llevados a cabo hace miles de años y que causan la admiración de todas las generaciones.

En la primera nación en la que se fabricó cemento portland artificial fué Inglaterra, siguiéndole, al poco tiempo, Francia, Alemania y Estados Unidos, siendo en esta última en la que se inició el empleo de los hornos rotativos con petróleo, hasta que poco más tarde fué sustituido el petróleo por carbón pulverizado, instalándose en Europa, una vez conocidos sus admirables resultados.

Los cementos obtenidos directamente por la cocción de margas calcáreas toman el nombre de cementos portland naturales y se distinguen de los cementos artificiales en que los elementos que entran en la composición de estos últimos (calizas y arcillas) son mezclados artificialmente hasta obtener una masa lo más homogénea y uniforme posible.

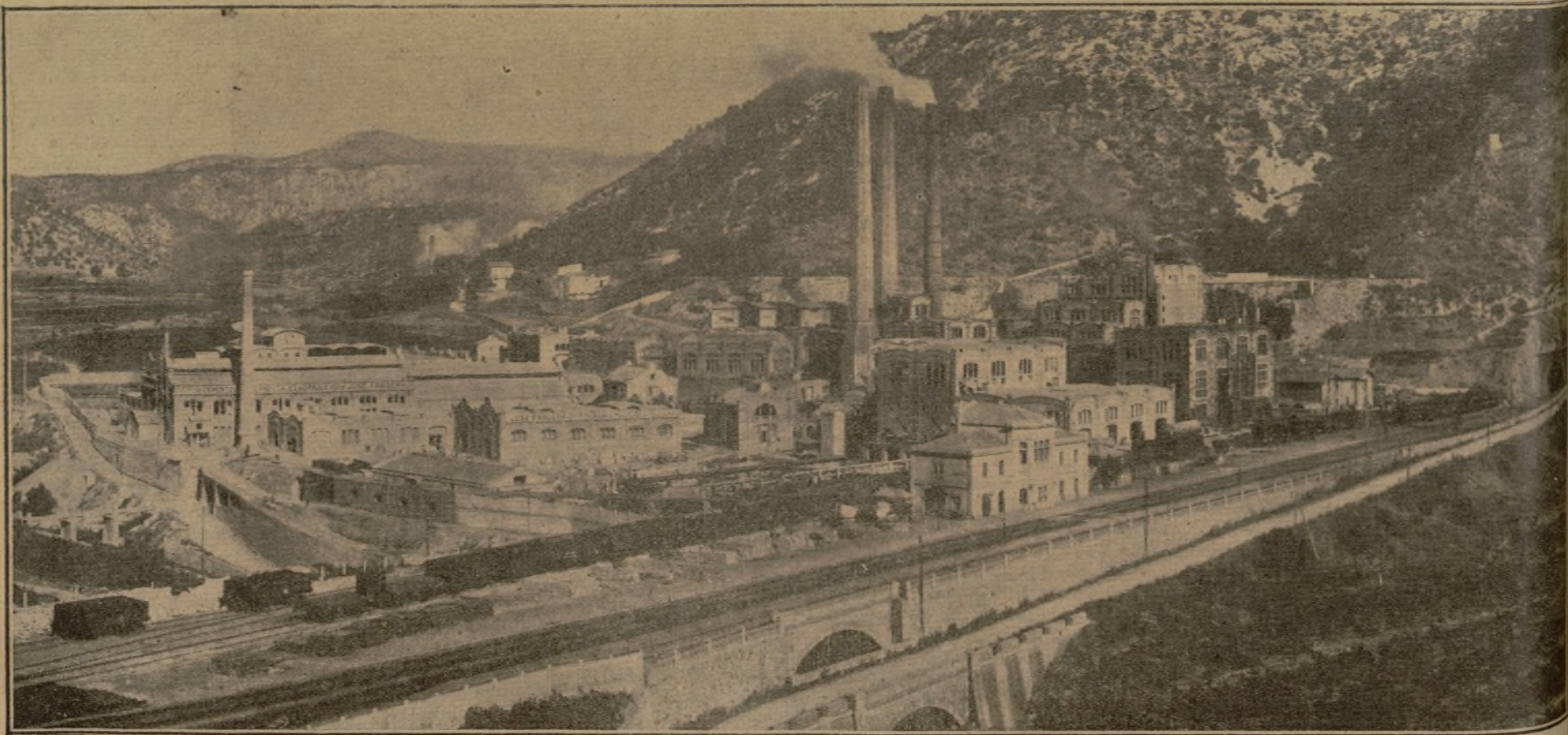
La división y mezcla de materia cruda empleada en la fabricación del cemento puede hacerse en polvo, o sea con piedras molidas en seco, llamándose el procedimiento por *vía seca*; o en pasta

o con las piedras trituradas y molidas en agua, llamándose entonces el procedimiento por *vía húmeda*.

Para la elaboración del acreditado cemento portland marca LANDFORT se utiliza una caliza muy apropiada de 80 a 87 por 100 de  $\text{CO}_3\text{Ca}$ , y una marga calcárea de 65 a 80 por 100  $\text{CO}_3\text{Ca}$ , de suerte que en la mezcla entra una gran cantidad de marga y una pequeña de caliza, condición muy favorable para obtener una composición íntima y perfecta, ya que la combinación de esta marga es la del cemento natural (65 por 100), y la de cal hidráulica (80 por 100), lo cual constituye una ventaja sobre las demás fábricas de la Península, que no cuentan con estas materias primas privilegiadas para la elaboración del portland artificial por no contener materias inertes y extrañas, siempre perjudiciales al endurecimiento e hidraulicidad indefinida del cemento.

La elaboración del cemento es bastante complicada por las diferentes máquinas que intervienen en su fabricación, siendo las principales que se utilizan denominadas quebradora de mandíbulas, molino de bolas, elevadores, tamizador automático, tubos refinos, aparatos distribuidores y hornos rotativos por los que pasan las primeras materias hasta transformarse en KLINKER a la temperatura del rojo blanco y convertirse, por último, en cemento finamente pulverizado.

Desde estas columnas saludamos al señor Fradera, que con tanto acierto dirige Empresa tan importante, en la que le secunda su sobrino, el Sr. Riera, y el apoderado general, D. Celestino Ramón, a los que felicitamos por sus iniciativas en la marcha del negocio y agradecemos las notas que nos facilitaron al visitar la Fábrica y que nos han servido para hacer este modesto trabajo.—X.



Vista general de la Fábrica de Cementos y Cales Hidráulicas